



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Caimari, Lila

El mundo al instante : noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Caimari, L. (2015). *El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)*. *Redes*, 21(40), 125-146. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/378>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

EL MUNDO AL INSTANTE. NOTICIAS Y TEMPORALIDADES EN LA ERA DEL CABLE SUBMARINO (1860-1900)

*Lila Caimari**

RESUMEN

Este trabajo analiza la incidencia del cable submarino en la circulación de noticias internacionales en los diarios de Buenos Aires, entre 1860 y 1900. Luego de describir los rasgos generales de la infraestructura que hizo posible una transformación en los tiempos y la lógica de la disponibilidad de noticias provenientes de lugares remotos, el trabajo analiza el efecto del cable en las nociones de temporalidad. Lejos de constituir un cambio abrupto, argumenta que la aceleración se produjo a lo largo de un período extenso, como resultado de sucesivas combinaciones híbridas de telégrafo y vapor. La noticia internacional telegráfica apareció en la década de 1860, antes de la puesta en marcha del primer cable directo (1874), y recién se consolidó en las páginas de los diarios en la década de 1890. A partir de una concepción de la instantaneidad como horizonte más que como realidad, el trabajo llama la atención sobre la multiplicación de temporalidades de las noticias del “exterior” y las nuevas exigencias de lectura implícitas en este marco.

PALABRAS CLAVE: TELÉGRAFO — HISTORIA DE LA PRENSA — CIRCULACIÓN DE NOTICIAS — TECNOLOGÍA — PERIODISMO

Si tal empresa [atravesar el Atlántico por medio de un alambre] llegare a realizarse alguna vez, produciría el fenómeno curioso de envolver la tierra con un alambre, i saberse las cosas en unos

* Conicet / Universidad de San Andrés. Correo electrónico: <lilacaimari@gmail.com>.

países ántes que sucedan en otros; pues que viniendo el día sucesivamente del Oriente al Occidente lo que pasa en Moscow, por ejemplo, a las seis de la mañana de un sábado, se sabría en Nueva-York a las once de la noche del viernes anterior.

DOMINGO F. SARMIENTO, 1854^[1]

INTRODUCCIÓN

En el último cuarto del siglo XIX, los habitantes de la ciudad de Buenos Aires fueron testigos de cambios apenas imaginables pocos años antes. El más decisivo era, sin duda, el sismo en la estructura demográfica, con la llegada de inmigrantes europeos a una escala que, en términos relativos, era mayor a la de otras ciudades del mundo y que produjo, a su turno, una revolución de la configuración urbana. Estos grandes saltos de la estadística seguían de cerca los datos de la economía, y la expansión acelerada de la participación argentina en el mercado exportador de materias primas (Míguez, 2011). En esa ciudad-laboratorio (Torre, 2010: 179), quienes leían diarios participaron, además, de un capítulo fundamental de la historia de la prensa y de la cultura masiva.

Muchos sabían, porque lo veían cada día en la calle, que la oferta de diarios y periódicos de todo tipo estaba diversificándose a escala inédita, y que lo mismo valía para las tiradas de esas publicaciones. Los más avisados agregaban a esta impresión los datos de un fenómeno más vasto y complejo, que describían como la “modernización” de esa prensa. Mientras las publicaciones se multiplicaban, algunos matutinos fueron subsumiendo su acotado papel de voceros de una facción política en una empresa mayor, concebida para ese mercado más exigente, profuso y diverso. Un mercado que, en su potencia y su crecimiento, respondía a las inflexiones de un público lector en plena expansión (Prieto, 1988: 27-82; Román, 2010; Cane, 2011: 25-41; Servelli, 2014: 43). Con rúbricas que iban de las “variedades” al folletín ficcional, que incorporaban secciones publicitarias y tecnología de la imagen, los diarios consumían el trabajo de cronistas y reporteros que comenzaban a definir su labor en términos de una práctica profesional, más que un compromiso político o un pasatiempo letrado (Laera, 2008; Servelli, 2014: 1).

[1] El pasaje proviene de una traducción, fuertemente intervenida por Sarmiento, del texto de Louis Figuier (1854), *Exposición e Historia de los Descubrimientos Modernos*, Santiago de Chile, p. 51.

Si estaban entre los miles de consumidores de los matutinos más modernos y competitivos, esos lectores se fueron acostumbrando, también, a que las noticias internacionales ocuparan una porción creciente de los contenidos, y a que esos contenidos se alinearan en la sección “Telegramas”, donde la información llegaba de Londres “en apenas cincuenta minutos”, según aseguraba *La Prensa* en 1897. A esas alturas, la conexión “directa” con el mundo era, en efecto, uno de los atributos de modernidad más invocados por esos diarios, que cada día recibían mensajes de agencias y corresponsales exclusivos apostados en muchas ciudades europeas y sudamericanas.

Este trabajo se interesa en el sistema de circulación informativa que, en las últimas décadas del siglo XIX, hizo posible la proliferación de la noticia remota actual. Se trata de un tema vasto, que involucra dimensiones tecnológicas, económicas, políticas y culturales. En esta instancia, el eje del análisis estará en las nociones de tiempo-velocidad dominantes en la prensa, y por la incidencia de un cambio tecnológico sustantivo —la red global de cables submarinos—, en la ecología temporal de los diarios porteños fin-de-siglo. La indagación se apoya en la consulta de informes de Correos y Telégrafos y del archivo de la agencia de prensa Havas, que a partir de 1877 telegrafaba, desde París, servicios de noticias destinados a los diarios sudamericanos. Este material ha sido cotejado con una muestra de tres diarios de Buenos Aires que cubrían competitivamente noticias internacionales: *La Tribuna* y, sobre todo, *La Prensa* y *La Nación*.

La historia cultural de la prensa ha enfatizado la importancia del diario decimonónico en tanto demarcador de temporalidades cotidianas y herramienta de navegación del tiempo (Thérenty, 2011). En sociedades secularizadas, una parte sustantiva de la misión ordenadora de la Iglesia católica —que parcelaba el día en torno de oraciones y ceremonias— se habría transferido a los ritmos y rutinas asociadas al matutino, a las que luego se agregaron hábitos y costumbres en torno a las ediciones vespertinas. El diario sería, en esta hipótesis, el reemplazo apaciguador de esa vacancia, la gran usina del ritmo colectivo de la vida moderna. A esta función, anclada en la experiencia cotidiana del tiempo, interesa agregar la que a fin de siglo introdujo la transformación de las temporalidades “representadas” en las páginas de esos diarios, temporalidades constructoras de la noticia donde los ritmos se vieron, como veremos, profundamente alterados en relación con el pasado. A partir de la observación de los diarios de Buenos Aires en el momento de ingreso al espacio-información global decimonónico, este trabajo llama la atención sobre rasgos que fueron diversos de los que exhibieron los diarios de las zonas centrales —europeas— que participaban del mismo sistema informativo.

Como es sabido, la comunicación por transmisión redujo dramáticamente los lapsos entre despacho y recepción de noticias. Casi mágica, la promesa de inmediatez colmó de visiones utópicas los discursos que enmarcaron el advenimiento del telégrafo en todo el mundo. Esas imágenes se potenciaron con la puesta en marcha de los cables submarinos, que agregaron a la noción de instantaneidad, la de un mundo sincronizado a una misma temporalidad. Con la inauguración del *Great Atlantic Cable*, que en 1866 unía Inglaterra y la costa de Estados Unidos, el sueño de la concordia global de los tiempos parecía realizarse (Müller-Pohl, 2010: 40-54; Charle, 2012: 271).

En América del Sur, la puesta en marcha del ansiado cable transatlántico Lisboa-Pernambuco —construido en 1874 por el grupo británico del magnate de los cables, John Pender— sellaba el ingreso de la región a este horizonte de expectativas, al reducir la demora de las noticias europeas de dos o tres semanas a unas pocas horas (Reggini, 1997; Ahvenainen, 2004; Winseck y Pike, 2007). Para funcionar, esa conexión dependía de la armonización con redes de cable parciales, que bordeaban la costa atlántica. Nacido dentro de la estructura eurocéntrica y “Londres-céntrica” que regía la red del cable decimonónico, el sistema acordaba un lugar crítico al tendido costero brasileño-uruguayo, donde se gestionaba la circulación de información desde y hacia Europa, y de donde partían los circuitos de distribución regional (Ahvenainen, 2004; Wenzlhuemer, 2013: 97-156). El sistema se complejizó rápidamente en virtud del tendido de una línea de comunicación a lo largo de la costa del Pacífico. La Central and South American Company, controlada por capitales del norteamericano Scrymser, prolongó hasta Callao (Perú) el tendido que en 1881 conectó Galveston (Texas) con Veracruz, uniendo las costas de los dos océanos por tierra (Britton y Ahvenainen, 2004; Winseck y Pike, 2007). Allí empalmaba con una línea del grupo Pender, que llegaba hasta Valparaíso. En 1882 había, entonces, una conexión en el Pacífico completa entre el norte y el sur del continente (figura 1).

Pronto, los diarios principales de Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires se apresuraron a firmar contrato con la gran agencia de prensa Havas, para recibir información europea actual. En las negociaciones del cartel de agencias nacidas de la tecnología submarina, Reuters, Wolff, Associated Press y Havas se habían distribuido el mundo según grandes regiones de influencia (Wolff, 1991). Como una proyección de su hegemonía en el sur de Europa, y por sus supuestas credenciales “latinas”, fue esta última la que ocupó —al menos, en teoría— el lugar de transmisora informativa entre Europa y el subcontinente sudamericano (Díaz Rangel, 1991; Desbordes, 2013).

Figura 1. Sistemas del Atlántico y el Pacífico (1882)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Unión Telegráfica Internacional (mapa: Florencia Sciutto).

Ahora bien, como se desprende al observar la incidencia de la velocidad telegráfica en la prensa de Buenos Aires, la instantaneidad del telégrafo submarino era una tendencia, un nuevo horizonte más que un hecho. Por cierto, lo que se despliega en esas páginas no es sintonía de los tiempos sino el resultado de un proceso de reemplazo de ritmos extendido a lo largo de varias décadas, una historia de pequeñas aceleraciones parciales en distintos puntos del sistema. La noción lineal de aceleración debe ser concebida, entonces, como la síntesis de una densa red de velocidades desaparejas.

Los espectaculares logros del cable surgían en un contexto por demás dinámico, muy marcado por la velocidad del vapor, en un sistema de circulación física de cuerpos y mercancías que ya había reducido las distancias sustantivamente en las décadas precedentes (Kaukiainen, 2002). Como es sabido, el telégrafo terrestre nació ligado al tendido del ferrocarril, y una de las funciones centrales del cable submarino era controlar el destino de las mercancías que se desplazaban, más arriba y más despacio, por esas mismas aguas. En el intrincadísimo juego de efectos acumulados que se abría, la ecuación tiempo-distancia no se disolvía ni perdía relevancia. Muy por el contrario, la velocidad que conectaba esos dos elementos los tornó más relevantes que nunca.

Tan relevantes, en efecto, que la cuestión tiempo-distancia se instaló en el centro del gran proceso de establecimiento de patrones universales de medición del ocaso del siglo (Alder, 2002; Galison, 2003). Fue una de las dimensiones más litigiosas y difíciles de zanjar, además, porque adoptar un sistema capaz de unificar la medición del tiempo representado en el espacio terrestre implicaba fijar una referencia global en un lugar concreto. En 1873, el ingeniero canadiense Sandford Fleming había propuesto que se seleccionaran 24 meridianos a intervalos de 15 grados —es decir, a una hora de distancia— que cubrieran los 360° de latitud: localidades situadas en diferentes meridianos tendrían así coincidencias y diferencias exactas en minutos y segundos. La propuesta fue adoptada ampliamente, sin decidir cuál sería el meridiano de referencia —Greenwich, Jerusalén, París o algún punto en el océano—. Finalmente, en 1884 prevaleció el sistema de 24 husos horarios que tomaba como referencia el meridiano de Greenwich, una decisión resistida por los representantes franceses a la Conferencia Mundial del Tiempo reunida en Washington, y decidida por la misma fuerza de la costumbre del transporte comercial (Francia siguió apegada al tiempo-París, y no adhirió a la convención hasta 1911). Aunque el uso de este sistema era generalizado para las interacciones transnacionales, cada nación se plegó formalmente por separado, en un arco temporal que se extendió hasta bien entrado el siglo xx (Osterhammel, 2014: 67-76).^[2]

En el marco de la acelerada integración de la Argentina a la economía mundial, la cuestión de la sincronización horaria y la articulación al nuevo espacio-tiempo estandarizado se volvía perentoria entre las élites gobernantes nacionales y regionales (Rieznik, 2014). Como en el resto del mun-

[2] En 1891, una desafiante ley estableció que la hora-París era la *heure légale* francesa. La legalización de la hora-Greenwich en 1911 terminaba con la anarquía cronométrica europea. En la Argentina, la adhesión oficial al sistema de husos horarios data de 1920.

do, el desarrollo del ferrocarril y del telégrafo trajo consigo las primeras iniciativas sistemáticas de homogeneización y la expansión de la racionalidad cromométrica del reloj. Con ellos se ponía en marcha un proceso largo y complejo que aún conocemos mal, donde la concepción mecánica y homogénea del tiempo se superponía a racionalidades económicas, festivas y religiosas largamente arraigadas por la práctica (Barral, 2008). Por cierto, la conexión submarina a la red global llegó a esta región cuando el horario interno aún era heterogéneo. A la empresa homogeneizadora estatal se agregó, entonces, la decisiva presión internacional. Esa presión aparecía apenas velada, por ejemplo, en la carta enviada en 1886 al director de Correos y Telégrafos por el Bureau Internacional de Administración Telegráfica, organismo supranacional que gestionaba, desde Berna, las reglas del espacio-información global nacido con el cable (Laborie, 2013; Tworek y Müller-Pohl, 2015). Al ingresar a esta organización, en 1882, la Argentina se había comprometido a gestionar los mensajes siguiendo ciertas pautas, y una de las primeras refería a la explicitación en la medición del tiempo: “2° ¿Qué meridiano rige las oficinas de correo de su Administración?; 3° ¿Cuál es la repartición de oficinas telegráficas con respecto a cada centro horario, si existen más de uno en la misma nación?”, preguntaban desde Suiza los reguladores de la circulación de noticias. La respuesta del Correo Argentino daba cuenta del marco de concepciones temporales de transición en el que se inscribía la conexión al mundo: “Las oficinas telegráficas nacionales están regladas por la hora de Córdoba, cuyo meridiano está a los 64° 11’ 15” oeste del de Greenwich, y a los 34° 24’ 56” de latitud sur. La misma hora tienen las de las empresas telegráficas particulares, en tanto que las oficinas del telégrafo de la provincia de B’ Aires están *regladas por la hora de la Capital que adelanta 21 minutos sobre la de Córdoba*”. A una hora diversa entre Córdoba, la Capital y la provincia de Buenos Aires, se agregaban las asincronías entre la hora de oficinas telegráficas provinciales y nacionales: “En las líneas pertenecientes a gobiernos provinciales y empresas particulares, los relojes de las oficinas están regidos por la hora local de la oficina cabecera de la línea, salvo las oficinas del telégrafo nacional, que están regidas por la hora correspondiente al meridiano de Córdoba”.^[3]

Como ocurría en otros países en esos mismos años, las directivas de coordinación externa contribuyeron a precipitar la coordinación interna: la

[3] “Bureau International des Administrations Télégraphiques, Circulaire N° 347, Application du Règlement de Berlin”, AGN, Fondo Correos y Telégrafos, Caja 3, doc. 2558. Énfasis agregado.

acelerada integración de las economías regionales a los ritmos del mercado mundial imponía la eliminación de las antiguas discordancias cronométricas. En 1894, un decreto del Poder Ejecutivo Nacional unificaba la hora en todo el territorio, y así era informado al Bureau Internacional.

ÚLTIMA HORA: DIARISMO Y VELOCIDAD PERIODÍSTICA

Los diarios decimonónicos fueron piezas cruciales en la consolidación de la nueva temporalidad mundial, porque la reflejaban y a la vez funcionaban como principalísimos agentes de un cambio que avanzaba capilarizado en muchas sedes. En Buenos Aires, una creciente conciencia de la temporalidad informativa internacional se fue insinuando en la transición de la década de 1860 a la de 1870. En *La Tribuna*, *La Prensa* o *La Nación*, que publicaban regularmente una columna titulada “Exterior” —o “Esterior”—, la información llegaba según el sistema tradicional —es decir, en entregas portuarias donde las noticias arribaban como en oleajes—. Los contenidos de cada “paquete” o “valija” se distribuían con la misma celeridad en los diarios que en la correspondencia postal, pues ambos participaban de la misma economía de circulación informativa.^[4]

Este sistema se mantendría a lo largo de todo el período aquí estudiado, porque la novedad de la transmisión eléctrica en ningún momento eliminó la dependencia de los materiales descargados en el puerto. La columna “Noticias de Europa” desplegaba el contenido de una “valija” de información miscelánea. Las precisiones sobre el alcance temporal de estos contenidos seguían la tradicional convención según la cual las noticias se disponían juntas, enmarcadas en un lapso considerado en bloque. Siguiendo este viejo principio, los títulos se sucedían bajo la premisa de que toda la información se colocaba en una línea retrospectiva incierta cuyo límite estaba marcado por la fecha más próxima: “con fechas de Lisboa *hasta* el 13 de diciembre”, “Fechas *hasta* el 2 del corriente” (*La Tribuna*, 7 y 8 de enero de 1867, p. 1).

La explotación de los “paquetes” navieros duraría más o menos.^[5] En las economías informativas escasas del temprano siglo XIX, una “valija” podía alimentar diarios durante días o semanas. Una vez que esos materiales se agotaban, la prensa recurría a los contenidos locales y regionales, hasta que

[4] Retomo y desarrollo aquí argumentos esbozados sintéticamente en Caimari (2016).

[5] El término “paquete” era una derivación de los *packets* ingleses, generalizado para designar las embarcaciones rápidas a vapor que transportaban correspondencia, o *packetboat* —castellanizado como “paquebote”—, y que a menudo también llevaban pasajeros y carga.

la llegada de la siguiente valija devolvía a la primera plana columnas fechadas en París o Londres. A mediados del siglo, la aceleración y densificación de la secuencia de “paquetes” fue consolidando este sistema. Siguiendo la evolución de los despachos entre Londres y decenas de destinaciones en el mundo entre 1820 y 1870, Kaukiainen indica que la demora promedio de circulación de diarios y noticias con Buenos Aires se redujo a un tercio, es decir, de dos o tres meses a lapsos que oscilaban entre tres semanas y un mes, con un salto perceptible en la década de 1860, ligado a la consolidación del vapor (Kaukiainen, 2002: 27). Hacia 1880, el ritmo y la intensidad de comunicación habían cambiado tanto que el jefe de Correos podía ufanarse de que “199 vapores hacen la carrera entre ambos mundos por la antigua ruta de Occidente, que veinte años antes solo era surcada por un paquete mensual”.^[6] Sin embargo, esta sustantiva modificación del ritmo de recambio no había alterado la concepción de la organización expositiva de los diarios. En 1870, cuando las noticias tardaban un tercio de lo que demoraban cincuenta años antes, la modalidad de inserción y jerarquización era esencialmente la misma. Los lectores porteños siempre habían leído información internacional —europea— con conciencia de una brecha temporal; estaban acostumbrados a esa operación: la novedad era sencillamente que las valijas eran más frecuentes, y que esa brecha se había acortado.

El advenimiento de la noticia internacional telegráfica modificó esta experiencia en varios sentidos, aunque ese cambio no adquirió la forma de una “irrupción”, ni dependió estrictamente de la tecnología incorporada en 1874. Los efectos del cable comenzaron a hacerse sentir a fines de la década de 1860, en un proceso ligado a la puesta en marcha del sistema en otras regiones del mundo. En verdad, las huellas de los primeros telegramas transoceánicos están en el seno mismo de las valijas portuarias. Antes de la inauguración de la pieza Lisboa-Pernambuco, y mucho antes de la existencia de una opción de abono a una agencia de noticias europea, la información del “Exterior” publicada en diarios de Buenos Aires comenzó a incluir secciones tituladas “Últimos telegramas” o “Despacho teleográfico”. Bajo este título impactante, se aclaraba de alguna manera el estatus limitado de estos telegramas, estatus confirmado, además, por la demora de dos o tres semanas entre información y publicación.

Anticipo de la primicia internacional ansiosamente esperada, el “telegrama por vapor” tuvo una primera vida gracias a la ruta submarina Buenos Aires-Montevideo, inaugurada tempranamente (1866). En razón de su mayor cercanía al océano, el puerto oriental recibía muchos barcos proce-

[6] *Memoria del Ministerio del Interior*, 1880, p. 5.

dentes de Europa, uno o dos días antes que Buenos Aires. Allí se distribuían diarios y correspondencia cuyos contenidos pronto llegaban a las oficinas telegráficas, desde donde se diseminaban resúmenes de las noticias principales –codificados, “desmaterializados”– antes o en lugar de la llegada del mismo barco a la capital argentina.

A partir de 1866, entonces, una miríada de corresponsales porteños transmitía breves de Francia, Inglaterra y España fechadas en Montevideo, lo que tornaba a esta ciudad en distribuidora de noticias europeas y centro neurálgico de emisiones y reemisiones a distintos puntos de la región. Información breve y resumida, además: información que llevaba marcas de la codificación y que ya incorporaba tonos y retóricas del apuro.

Junto a las “Noticias de Europa” fechadas en Montevideo, otras columnas de “Telegramas” delataban un similar origen mixto. En los tempranos años de la década de 1870, la sección “Exterior” del diario *La Prensa* incluía el apartado “Últimos telegramas. Por la Agencia Telegráfica Americana”. Bajo este título se aclaraba que los telegramas habían llegado por barco; en otras palabras, que se trataba de información que había cruzado el Atlántico hacia el este en forma desmaterializada, que había sido decodificada en algún puerto de Europa, para ingresar a la valija como carta o corresponsalía de larga distancia.^[7]

A pesar de su brevedad, estos “telegramas” dedicaban una línea a precisar fecha y hora exacta de emisión: “Montevideo, 9 y ½ de la mañana”, “París. 26 de julio. 9 y 5 de la mañana”. ¿Cómo interpretar la multiplicación de semejantes datos en el encabezamiento de noticias que tenían dos semanas de vida? Puede adivinarse allí el intenso deseo de telegrama, la adopción precoz de una gestualidad de la modernidad horaria que emulaba la de las ciudades europeas de donde provenían dichos mensajes, y donde el minuterero se había impuesto en las transacciones cotidianas.^[8] El naciente y sobreactuado apego de los diarios porteños a los detalles de esa temporalidad indicaban hasta qué punto el marco de aceleración cronométrica iba ganando lugar en el competitivo mercado de la prensa comercial de Buenos Aires.

[7] *La Prensa*, 4 de agosto de 1874, p. 1.

[8] Hasta el siglo XIX, indica Dohrn-van Rossum, los relojes europeos no tenían agujaminuterero, pero el fraccionamiento de la hora en cuartos y mitades se fue filtrando en las interacciones cotidianas, en un proceso anónimo y capilarizado de ordenamiento temporal que abarcaba desde las fábricas y escuelas a la cámara de tortura y la experimentación científica. En las últimas tres décadas del siglo, el minuto se impuso como referencia de múltiples transacciones, un giro en el cual el ferrocarril y el telégrafo fueron decisivos (Dohrn-van Rossum, 1996: 323-347).

La brevedad de redacción, y la exposición de noticias en columnas misceláneas, también anticipaban rasgos de la era del cable. Junto a las corresponsalías exclusivas, desplegadas en varias columnas en narrativas extensas y personalizadas, los vapores desembarcaban resúmenes apurados de los titulares de los últimos matutinos europeos. Allí, el relato de sucesos en pleno desarrollo era interrumpido por el corresponsal en Londres para llegar al próximo despacho, o era resumido en pocas líneas por el corresponsal en Montevideo, para hacerlo compatible con los ritmos y costos del cable rioplatense. Años antes de la inauguración del gran cable transatlántico, entonces, los porteños se habían acostumbrado a leer columnas misceláneas con resúmenes de noticias del mundo —un mundo titulado “Exterior”, “Exterior” o “Europa”—. Estas inserciones “prototelegráficas” aparecían en un marco compuesto de reportes largos, reportes salidos del “paquete inglés” o el “paquete francés”, redactados por corresponsales de firma y publicados a varias columnas durante el curso de una semana. Este era el principal alimento de *La Tribuna*, uno de los diarios con mayor cobertura de noticias internacionales en la era pretelegráfica. A fines de la década de 1860, combinaba corresponsalías exclusivas, cartas de relaciones y personajes, y ocasionales series de breves arribadas luego de un trayecto mixto de telégrafo y vapor.

Ninguna de estas noticias tenía menos de dos semanas de antigüedad —a veces, tenían más de un mes—. Pero los esfuerzos denodados por acortar los márgenes de esa brecha, aun los más finos y marginales, hablan de una nueva sensibilidad de los tiempos informativos. Este sentido se enmarcaba, a su vez, en la aceleración de la circulación de noticias del ámbito nacional. A lo largo de la década de 1860, los diarios de Buenos Aires habían ido incorporando el telégrafo como herramienta de la recolección de noticias de las provincias —y viceversa: los diarios provinciales lo incorporaban para recibir información de la capital—. Como en tantas regiones del mundo, este marco de expectativas se había forjado junto al ritmo del trazado paralelo del ferrocarril, que en el último cuarto del siglo diseminaba bolsas de cartas e impresos más rápido que nunca antes. Con sus detallados informes de las postas y empalmes entre los coches-correo a caballo y los incipientes sistemas telegráfico y ferroviario, las *Memorias* de Correos y Telégrafos de la década de 1870 dicen mucho sobre el valor que el tiempo había adquirido en la distribución informativa más cotidiana.^[9]

[9] Esta impresión surge de la consulta de la *Memoria del Ministerio del Interior*, sección Correos y Telégrafos, en particular, del período 1875-1883.

En su trabajo sobre los inicios del diario *La Prensa*, Raquel Bressan ha mostrado hasta qué punto el temprano posicionamiento como diario “moderno” pivoteó sobre la exhibición de su capacidad para llegar primero que otros a las noticias. Por cierto, el desarrollo de secciones con primicias políticas de “última hora”, donde se enfatizaban los horarios, ya aparecía en diarios pos Caseros como *La Tribuna*, y se mantendría con oscilaciones en varios otros, como *El Nacional* y *La República*. Pero a mediados de la década de 1870, *La Prensa* apostaría al máximo a las posibilidades de esta sección para distinguirse de sus competidores: la columna “Última hora” pasó de la tercera página a la primera, y comenzó a reunir noticias muy por fuera de lo político, noticias cuyo vínculo era una franja horaria lo más reciente posible (Bressan, 2010: 45-46 y 59-61).

Desde 1866, las expectativas de aceleración se habían extendido a las noticias de Montevideo y, sobre todo, a la capacidad del cable rioplatense de acortar en uno o dos días la trayectoria de noticias ultramarinas. Esta posibilidad inauguró una carrera periodística de intensidad inédita, que asociaba todo un repertorio de la gestualidad del apuro a la “gran” noticia internacional: “Dos personas han estado pendientes en el Telégrafo de esta ciudad, desde anoche a las 9 hasta las 7, hora en que recibimos los primeros partes [de la guerra Franco-Prusiana]. Por el siguiente telegrama verá el público cuanto ha trabajado *La Prensa* para obtener el triunfo esta mañana”.^[10]

La ansiedad por acceder a las primicias euro-montevideanas, por las que peleaban cada vez más corresponsales porteños, abarcaba también las valijas arribadas al puerto en los “paquetes”. Para no tener que esperar los trámites sanitarios, *La Prensa* convino con un colega de esta ciudad la impresión inmediata de un boletín con el resumen de los sucesos europeos, boletín que burló los controles portuarios en un inconspicuo bote fluvial (Bressan, 2010: 45). La presión para acortar la demora que implicaba el requisito de fumigación del correo desembarcado en la costa oriental se extendía al correo argentino, que en 1887 decidía transportar esas cartas por el río, “llegando así la correspondencia a manos del público con anticipación a la llegada de los paquetes transatlánticos que la conducen hasta el Río de la Plata”.^[11]

[10] *La Prensa*, 11 de septiembre de 1870 (cit. en Bressan, 2010: 46).

[11] *Memoria del Ministerio del Interior*, 1887, p. 95.

ACTUALIDADES DEL MUNDO

En su estudio sobre las brechas temporales de la prensa decimonónica de Estados Unidos, Brooker Gross ha mostrado que el cambio más dramático generado por el telégrafo de larga distancia en el ritmo de los diarios residió en la noticia “transoceánica” (Brooker-Gross, 1984). Sin duda, también fue el caso en el Río de la Plata. Y acaso el salto fuese más importante aún para los diarios de esta región, que ya exhibía patrones de consumo de noticias europeas de alta intensidad, y que estaba geográficamente más lejana de aquellos centros de información. Allí, la demora de circulación de la noticia de ultramar pasó de dos o tres semanas a unas pocas horas, un cambio a todas luces sustantivo. Junto a esta novedad, se impuso otra, menos anticipada: la información de la rúbrica “Exterior” comenzó a transitar a varias velocidades.

Por el momento, sin embargo, el corte introducido por el cable era casi imperceptible porque apenas alteraba el marco temporal dominante, y no lo alteraría por mucho tiempo. El altísimo costo de transmisión inicial inhibió el uso intensivo del cable transatlántico después de su triunfal inauguración. Ni siquiera los primeros diarios que apostaron a costear el abono a una agencia internacional, en 1877, ganaron en lo inmediato mucho más que la incorporación de una escueta sección en una página sábana que seguía dependiendo esencialmente de la información que circulaba por “paquete”.

La proporción entre el volumen de noticias llegadas por barco y por cable recién oscilaría en la década de 1890, gracias a una conjunción de factores: la introducción de tecnología que permitía expandir la capacidad transmisora de los cables, la guerra de tarifas entre empresas competidoras y la negociación de tarifas “de prensa”, entre otros. A lo largo de este proceso, la exposición de las noticias nunca dejó de transcurrir en marcos divididos, donde el contenido de una columna se situaba a horas y minutos, y el de la siguiente a días y semanas.

Esta temporalidad quebrada es un rasgo propio de las regiones bien conectadas pero físicamente excéntricas de los polos de poder informativo, como era Buenos Aires: no obstante la aceleración y el triunfo tecnológico sobre las distancias, el espacio seguía pesando en la experiencia de los tiempos. En este plano, el caso porteño se distingue claramente del entorno europeo, que es mejor conocido. Allí, la escala continental permitía la combinación de distintos medios modernos –telégrafo, tren, teléfono– y mantenía el proceso de aceleración en un conjunto relativamente homogéneo, más allá de las asincronías regionales dentro de cada país (Charle, 2012;

Barth, 2013). Junto a las valijas fechadas dos o tres semanas antes, en cambio, la prensa sudamericana publicaba noticias de lugares remotos fechadas el día previo, o incluso el mismo día.

Secciones como “Última hora” y “Últimos telegramas” se fueron deslizando de las novedades de la política local a la zona internacional de los diarios porteños de fin de siglo. De todos los síntomas de la consagración del valor tiempo-reloj y tiempo-distancia, quizás el más expresivo sea la irrupción de una variable que hasta hacía muy poco era perfectamente inocua: la diferencia de longitudes entre Europa y América. En un alarde muy de su época, en los tempranos años de 1890, *La Nación* empezó a publicar despachos exclusivos con la información que había sido noticia un rato antes en diarios londinenses. Ese triunfo valía independientemente del contenido de los cables: lo que importaba eran la ciudad, la fecha y, eventualmente, la hora de despacho. Los operadores de la agencia Havas, que en este plano competían abiertamente con el diario porteño, seguían dichas proezas con envidia y frustración, haciendo esfuerzos reiterados para sacar partido de las longitudes, y ofrecer a sus clientes el mismo servicio. Por eso recomendaban retrasar sus entregas —llevarlas a las 4:30 o a las 5 de la mañana, en vez de las 3:30— para aprovechar la información de los matutinos europeos. El fracaso de esa apuesta revela hasta qué punto las reglas del juego les eran cronométricamente adversas: en razón de su sistema centralizado y su colocación indirecta en una grilla de circulación submarina gobernada por empresas británicas, sus entregas posteriores a las 3:30 llegaban a Buenos Aires demasiado tarde para ser incluidas en las ediciones del día. Apostado en Londres, el corresponsal de *La Nación* ganaba la partida, es decir, ganaba los minutos.^[12]

O más bien: ganaba los minutos que importaban, porque un aprendizaje paralelo al de las longitudes terrestres era el de las franjas horarias del cable. Lejos de ofrecer un *continuum* indiferenciado, el tiempo telegráfico de la prensa estaba doblemente pautado por los ritmos de los diarios del mundo entero y por la cortísima vida útil del telegrama. Una vez pasado cierto lapso —medido en horas y, cada vez más, en minutos—, esa vigencia expiraba, y la información pasaba a otro circuito, o simplemente moría. Dado que las redacciones sudamericanas solo podían capitalizar lo que recibían antes del cierre, la certeza de que no valía la pena telegrafiar a partir de cierto punto de la madrugada europea pronto se volvió sentido común.

Nadie lo sabía mejor que los operadores parisinos. Cuando los envíos de Havas para el territorio francés terminaban, a las 23:30, el servicio

[12] Fondo Havas, carta del 28/8/1885, 37 1, p. 295.

extranjero ingresaba en su horario más intenso. La labor de los empleados nocturnos requería de una conciencia aguda del minuterio, pues gestionaba la distribución informativa a regiones del mundo con secuencias horarias desfasadas de las propias. Cuando se trataba de distribuir noticias al continente americano, no había manera de escapar a la vigilia: dado que la vida política europea alcanzaba su intensidad mayor entre las 2 de la tarde y las 10 de la noche, era el servicio de la mañana de aquellas regiones del mundo –y de la madrugada del mundo propio– el que debía atenderse con mayor atención, y el que se cobraba más a los clientes del Plata.^[13]

Por el contrario, cuando se trataba de transmitir noticias en la dirección contraria –de América a Europa–, las longitudes se revelaron como enemigas del nuevo *tempo* periodístico. Así ocurrió con el anuncio de la muerte del general Grant, en Estados Unidos:

Usted no ignora que hay una diferencia de seis horas en nuestra contra entre Nueva York y Londres o París. Es mediodía aquí cuando son las seis de la mañana en N. York. Entonces, si la muerte de Grant fue conocida a las 8 hs de la mañana en Nueva York, y que fue inmediatamente anunciada a Londres o París, no podía llegarnos antes de la noche, de donde la imposibilidad nuestra de retransmitírsela a usted antes de nuestro servicio nocturno.^[14]

Una vez más, asoman aquí las dificultades de Havas para domesticar los ritmos que imponía el nuevo espacio conectivo. En un juego que transcurría entre fracciones cada vez más cortas de tiempo, el compromiso de información a comarcas tan alejadas de París se había asumido bajo la premisa de la centralización y la disolución –efectiva o inminente– de las distancias. Pero la gestión del servicio *Amérique du Sud* demostraba, muy por el contrario, que la localización en el sistema de circulación era crucial. Havas había perdido la primicia de la muerte de Grant porque sus disposiciones de *routing* obligaban a reenviar las noticias norteamericanas a París antes de la expedición final, y en el camino caían víctimas de la barrera horaria. Mientras tanto, las agencias estadounidenses –Associated Press y, luego, United Press– aprendían a utilizar las ventajas en horas y minutos que les proporcionaba el acceso directo a la “vía Galveston”, es decir, la ruta pacífica Norte-Sur. El declive de Havas en la región se jugaría en esta carrera, que en la vuelta del siglo ya mostraba sus tendencias estructurales.

[13] Fondo Havas, carta del 22/7/1897, 37 3, p. 77.

[14] Fondo Havas, carta del 28/8/1885, 37 1, p. 295.

En el proceso de aprendizaje de la gestión de los tiempos, la pregunta “qué noticia vale un cable” se combinaba con otra: “por cuánto tiempo lo vale”. La respuesta se aprendía a fuerza de rispideces y malhumor: “Nos informa con 20 horas de retraso. Eso ya no es un servicio telegráfico”, dicen los superiores de un corresponsal en Río, cuya lentitud es tema de varias misivas furiosas. Ni siquiera hacía falta llegar a los extremos de este pésimo empleado, porque los mensajes importantes perdían validez por márgenes muchísimo menores. Alcanzaba con que un cable que anunciaba la condena al capitán Dreyfuss llegara a la redacción de *El Diario* pocos minutos antes que el del corresponsal de Havas, para que el envío de la gran agencia se viera desprovisto de todo valor de mercancía. Las explicaciones de este traspié, ocurrido en 1899, confirman la plena vigencia de una épica del minuterero, donde reporteros grandes y chicos corren de igual a igual:

Además, no hemos perdido un minuto en telegrafiarlo. El despacho de Rennes no fue depositado, como usted dice, a las 3 y 10, sino a las 5 y 10. Allí hay evidentemente, un error del empleado telegrafista que marcó la hora de expedición, pues la condena no fue comunicada, como le decíamos, hasta las 4hs y 50 exactamente. Nuestro despacho no puede haber sido expedido a las 3hs 10, no puede haberlo sido antes de las 4h 55, lo cual con las demoras exigidas por los empleados del telégrafo para sus manipulaciones, lleva la hora del depósito oficial a las 5h 10.^[15]

La multiplicación de datos sobre la hora del hecho, la hora de despacho y los errores del telegrafista en la consignación del horario de depósito indican hasta qué punto la reputación de la agencia se jugaba en esta carrera, y la estabilidad del puesto de trabajo de los personajes también. El manejo de un tiempo global devenido tiránico, un tiempo continuo y a la vez dividido se habían tornado en saber indispensable del corresponsal remoto fin-de-siglo.

Desde el comienzo de las operaciones de Havas en Sudamérica, una parte sustantiva de los intercambios entre los operadores refería a la cuestión de los “retrasos”. El tono de crispación de esta correspondencia es otro signo de los tiempos. En los engranajes mismos de la aceleración, allí donde demoras que poco antes apenas hubiesen sido percibidas eran vividas como amargas derrotas, se distingue nítida la presión que había sembrado el horizonte de instantaneidad. Los mensajes telegráficos transoceánicos llegaban con rapidez asombrosa, por supuesto, pero estaban lejos de ser instantá-

[15] Fondo Havas, carta del 26/10/1899, 37 3, p. 434.

neos, y la doble distancia de Havas —en relación con América del Sur, y en relación con el sistema conectivo atlántico— volvía sus envíos muy dependientes de un *routing* que involucraba remisiones múltiples. Según los casos, la demora podía ser de varias horas, y en tiempos de ruptura de las líneas, de un día entero. En esta complejísima telaraña submarina, nuevos márgenes de tolerancia e intolerancia debían aprenderse y gestionarse cotidianamente.

Como una fuerza invisible pero inescapable, el mandato de inmediatez aflora en la multiplicación de la riña por la no-inmediatez. Las rutas que se dañaban —un problema recurrente en los primeros años— imponían desvíos, trayectorias alternativas y subsecuentes demoras, con la consiguiente frustración. Los operadores e intermediarios debían ser regimentados en la nueva conciencia del apuro: su persistencia en el trabajo “tranquilo” era intolerable, como lo era el tiempo que se tomaban para enviar y reenviar. “Thiémonge no entiende nuestras necesidades”, tronaban desesperados en París a propósito del corresponsal en Río.^[16] Ser *déjà* —ser dejado atrás en la carrera— era el temor que subyacía a todos estos intercambios, donde el triunfo y la derrota ante los competidores se concebían cada vez más, en términos de horas y minutos. Y donde las palabras “tranquilo” o “tranquilamente” habían adquirido sentidos puramente negativos.

Entretanto, los frutos de esta maratón submarina afloraban en la superficie de los diarios, con columnas de “Últimos telegramas”, “Telegramas de Europa” y “Despachos telegráficos”. Este desarrollo, que en la década de 1890 tomó proporciones inéditas, transcurría contiguamente a los despliegues en bloque de las valijas portuarias, cuya estructura, ritmo y temporalidad apenas habían variado respecto de las décadas precedentes. De este modo, la lectura de novedades del “Exterior” implicaba conciencia de asincronías sustantivas —es decir, nuevas exigencias de composición—. Esas diferencias eran perceptibles en el lector atento, en la medida en que los alcances diferenciados de las fechas eran consignados con pulcritud. También resultaba clara la separación entre las sucesiones de breves hechas de frases cortas y apuradas, y las misivas largas y detalladas firmadas por el corresponsal exclusivo, que desarrollaban en narrativa pormenorizada noticias adelantadas con parquedad en la columna vecina. Pero el cotejo entre unas y otras implicaba operaciones de lectura que eran nuevas, y que eran demandantes.

Pronto se hizo evidente, además, que el abanico de temporalidades de la información internacional fin-de-siglo era más heterogéneo que la dis-

[16] Fondo Havas, cartas del 22/11 y 18/12 de 1898, 37 3, pp. 318 y ss.

tancia entre los ritmos cortos y nerviosos del telégrafo, y las entregas acompañadas de los *packs* navieros. En el seno de esta aceleración a dos velocidades se coló toda una serie de síncoas intermedias y ritmos segmentados, que reflejaban el uso intensivo de cables costeros y telégrafos terrestres regionales. La rueda de la celeridad rodaba en un sistema que seguía siendo mixto e irregular.

La inauguración del cable transatlántico, vimos, fue simultánea a la del tendido del cable costero brasileño-uruguayo, a su vez, parte de un sistema regional cuyo uso no fue menos intensivo. Muchas noticias de Europa que delataban un acortamiento entre despacho y recepción delineaban trayectorias hechas de sucesivos segmentos a dos velocidades: dos o tres horas de transmisión por cable o telégrafo hasta Lisboa, quince días de viaje Lisboa-Pernambuco, dos o tres horas de cable –a tarifa regional más baja– siguiendo la ruta Pernambuco-Río-Santos-Montevideo-Buenos Aires. En cuestión de minutos, las más importantes eran telegrafiadas a Valparaíso (figura 2).

Gracias a este sistema global de postas mixtas, que albergaba muchas combinaciones posibles, comenzaron a colarse columnas de temporalidad intermedia, cuyos contenidos correspondían a algún punto entre las noticias que tenían semanas y las que eran de la víspera. De tal modo, el espectro temporal de las “noticias de Europa” se fue densificando, con contenidos que tenían pocas horas, o una semana, o diez, o doce, o quince días: además del *crescendo* de la preocupación cronométrica, el cable había introducido una frondosa multiplicación de los marcos cronológicos.

En ciudades como Buenos Aires, alejadas de los centros productores de actualidad internacional, la aceleración telegráfica trajo consigo una fragmentación extrema de la narrativa de las noticias, y una exigencia compositiva inédita en la práctica de lectura de las actualidades remotas. A fines del siglo, la cobertura de las historias centrales de la sección “Exterior” se hacía a varias velocidades, tramadas por múltiples cortes asincrónicos. El lector de *La Nación* interesado en la evolución del conflicto en Sudáfrica, por ejemplo, debía articular la primicia de la ocupación boer de la población de Natal –“situada en la frontera de la República Sudafricana”–, con el contenido de las valijas recién desembarcadas de los vapores Di Genova y Oropesa, que describían los esfuerzos diplomáticos por evitar una guerra entre Inglaterra y los independentistas del Transvaal; esfuerzos mencionados, a su vez, en telegramas publicados tres semanas antes.^[17]

Todo esto obliga a volver sobre la hipótesis del diario decimonónico moderno como ordenador de temporalidades cotidianas. Al ponderar la

[17] *La Nación*, 15 de octubre de 1899, p. 6; 4 de octubre de 1899, p. 6.

Figura 2. Ruta telégrafo-vapor-telégrafo, Londres-Buenos Aires-Valparaíso



Fuente: Elaboración propia a partir de la sección “Exterior” de *La Prensa y La Nación*, 1880-1900 (mapa: Florencia Sciutto).

potente capacidad del diario para parcelar los tiempos del día, surge de inmediato la pregunta por su capacidad para representar temporalidades. Lo que se desprende del caso aquí analizado es que esas temporalidades constructoras de la noticia se desplegaron en marcos más acelerados y fraccionados que en el pasado. Esos marcos eran, asimismo, más complejos que en las zonas centrales del sistema de cables. Si en Buenos Aires siempre se había consumido información con conciencia implícita de una brecha que separaba con claridad el tiempo local del tiempo europeo, los diarios del fin de siglo obligaron a procesar contenidos que, además de haber acortado dicha brecha, debían componerse a partir de conjuntos más complejos de fragmentos asincrónicos. Por esta vía, la rutina cotidiana, asegurada por el diario, hacía ingresar una multiplicidad de tiempos y ritmos —tiempos otros que los de la experiencia de la lectura—. Lejos de ser ordenadora en un sentido de apaciguamiento, esta operación nunca había sido tan dislocada y demandante. ¿Quién podía dudarlo?: el cable había cumplido su promesa, la de insertar a los diarios de Buenos Aires en los tiempos del mundo. Pero la ansiada sintonía había llegado acompañada de una complejización inédita en la estructura temporal de la noticia.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahvenainen, J. (2004), *The European Cable Companies in South America before the First World War*, Helsinki, Anales de la Academia de Ciencias Finlandesa.
- Alder, K. (2002), *The Measure of All Things. The Seven-Year Odyssey and Hidden Error That Transformed the World*, Nueva York, Free Press.
- Barral, M. E. (2008), “El calendario festivo en Buenos Aires rural en las primeras décadas del siglo XIX”, *Cuadernos de Trabajo del Centro de Investigaciones Históricas*, N° 14, UNLa, pp. 1-65.
- Barth, V. (2013), “Making the Wire Speak: Transnational Techniques of Journalism, 1860-1930”, en Michaela Hampf, M. y S. Müller-Pohl (eds.), *Global Communication Electric. Business, News and Politics in the World of Telegraphy*, Fráncfort, Campus Verlag, pp. 246-271.
- Bressan, R. (2010), “*La Prensa*, 1869-1879. Un acercamiento al mundo periodístico porteño a partir de la primera década del diario”, Universidad de San Andrés.
- Britton, J. y J. Ahvenainen (2004), “Showdown in South America: James Scrymser, John Pender, and United States-British Cable Competition”, *The Business History Review*, vol. 78, N° 1, pp. 1-27.

- Brooker-Gross, S. (1984), "Timeliness: Interpretations from a Sample of 19th Century Newspapers", *Journalism Quarterly*, N° 59 (1981), pp. 594-598.
- Caimari, L. (2016), "News from Around the World. The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable", *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, N° 4, en prensa.
- Cane, J. (2011), *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina, 1930-1955*, University Park, The Pennsylvania State University Press.
- Charle, C. (2012), *Discordance des temps. Une brève histoire de la modernité*, París, Armand Colin.
- Desbordes, R. (2013), "L'information internationale en Amérique du Sud: les agences et les réseaux circa 1874-1919", *Le Temps del Médias*, N° 20, primavera-verano, pp. 125-138.
- Díaz Rangel, E. (1991), *La información internacional en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Dohrn-van Rossum, G. (1996), *History of the Hour. Clocks and Modern Temporal Orders*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press.
- Galison, P. (2003), *Einstein's Clock, Poincaré's Maps. Empires of Time*, Nueva York/Londres, Norton & Co.
- Kaukiainen, Y. (2002), "Shrinking the World: improvements in the speed of information transmissions, c. 1820-1870", *European Review of Economic History*, vol. 5, N° 1, pp. 1-28.
- Laborie, L. (2013), "Globalizing the Telegraph: The RTU and the Governance of the First Globalization of Telecommunications", en Hampf, M. y S. Müller-Pohl (eds.), *Global Communication Electric. Business, News and Politics in the World of Telegraphy*, Fráncfort, Campus Verlag, pp. 63-91.
- Laera, A. (2008), "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)", en Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, pp. 495-522.
- Míguez, E. (coord.) (2011), "Argentina. La apertura al mundo", en Gelman, J. (dir.), *América Latina en la historia contemporánea*, t. 3, Madrid, Mapfre.
- Müller-Pohl, S. (2010), "'By Atlantic Telegraph'. A Study on Weltcommunication in the 19th Century", *Medien & Zeit*, N° 4, pp. 40-54.
- Osterhammel, J. (2014), *The Transformation of the World. A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press.
- Prieto, A. (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Reggini, H. (1997), *Sarmiento y las telecomunicaciones*, Buenos Aires, Galápago.

- Rieznik, M. (2014), “Velocidad telegráfica y coordinación horaria en la Argentina”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, N° 40, primer semestre, pp. 42-72.
- Román, C. (2010), “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Laera, A. (dir.), *El brote de los géneros*, vol. 3 de *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, pp. 15-38.
- Schäffner, W. (2008), “Los medios de comunicación y la construcción del territorio en América Latina”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 15, N° 3, julio-septiembre, pp. 811-826.
- Servelli, M. (2014), “A través de la República: la emergencia del reporterismo viajero en la prensa porteña de entre-siglos (xix-xx)”, Universidad de Buenos Aires.
- Thérenty, M. (2011), “Vivre au rythme du journal”, en Kalifa, D. et al. (dirs.), *La civilisation du Journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*, París, Nouveau Monde, pp. 1309-1318.
- Torre, J. C. (2010), “Transformaciones de la sociedad argentina”, en Russell, R. (ed.), *Argentina, 1910-2020*, Buenos Aires, Taurus, pp. 167-225.
- Tworek, H. y S. Müller-Pohl (2015), “Introduction”, *Journal of Policy History*, vol. 27, N° 3, pp. 405-415. Número especial: “The Governance of International Communications: Business, Politics, and Standard Setting in the Nineteenth and Twentieth Centuries”.
- Wenzlhuemer, R. (2013), *Connecting the Nineteenth-Century World, The Telegraph and Globalization*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Winseck, D. y R. Pike (2007), *Communication and Empire. Media, Markets, and Globalization, 1860-1930*, Durham, Duke University Press.
- Wolff, J. (1991), “Structure, fonctionnement et évolution du marché international des nouvelles. Les agences de presse de 1835 à 1934”, *Revue Économique*, vol. 42, N° 3, pp. 575-601.